

Uuo y otro día iban haciéndole preguntas llenas de intención las personas sensatas de Rineda y no era infrecuente el que se las encomendasen a sus hijos, para que en la escuela, y sin el recato de la convivencia social, dijera el maestro lo que sentía con claridad y sin muchos reparos. Y en estas y otras cosas se les pasaba la vida a los habitantes de Rineda sin dar con el secreto que llevaba sepultado en el alma aquel pobre hombre que decía cosas incomprensibles a los niños y se esforzaba como un padre bueno en enseñarles todo lo que necesitaban en la brega ruda e inacabable a que los habían condenado su condición social y su destino.

Pero cada vez era más recia la coraza en que se escondía el maestro; cada vez era más incontenible la curiosidad de los moradores de Rineda por conocer lo que había en el fondo de aquel silencio tan avaramente buscado, y cada vez la hostilidad se hacía más irrespirable. Ni el alcalde, ni el médico, ni los tres o cuatro acomodados del pueblo querían ya cruzar la palabra con el maestro, que, como un animalito acorralado, buscaba la soledad en los días de regocijo y acudía a misa en las primeras horas del domingo, cuando no había en la iglesia más que trabajadores y mujeres llenas de ocupaciones en el resto del día. Ya no iban los niños acompañados del maestro los domingos por la mañana; estaba muy lejos de ellos, quizá sentado a la sombra de los árboles, cuando despertaban llenos de alegría.

—¿Por qué no viene con nosotros el maestro, mamá?—preguntó un domingo a su madre el hijo mayor del médico.

—No lo sé, hijo mío. ¿Cómo quieres que lo sepa yo? Quizá no tenga necesidad el pobre maestro de oír misa.

—Pero si él nos dice que todos los hombres tienen el deber de oírlo, mamá—insistió el muchacho.

—Pero los ateos, no, hijo mío.

—El maestro es bueno y dice que todos los hombres, para ser buenos, han de creer en Dios.

La madre simuló no haber oído estas últimas palabras de su hijo y salió del cuarto contristada.

No había fuerza humana capaz de reanudar las buenas relaciones entre el maestro y los hombres principales de Rineda. Lo que daba aún más que pensar era una pregunta que el cura, queriendo defenderle, había hecho:

—¿Por qué no se va de aquí, si le sobran vacantes en pueblos más grandes que Rineda y sabe que de esta manera es imposible vivir?

Cuando parecía aclararse el misterio una nueva sospecha desviaba las pesquisas y otra vez, como antes, la incertidumbre lo anegaba todo.

—Lo mejor sería preguntarle por los motivos de su proceder—aseguró un día el médico—, porque cualquiera que nos viese creería, y con razón, que este hombre nos ha declarado la guerra.

—No consentiría él nuestras preguntas, y si calla, hay que suponer que no quiere decir lo que ha hecho antes de llegar a este pueblecito—opinó el alcalde con gesto despectivo.

—Pues entonces lo mejor sería no hacer nada, desentendernos de la vida anterior de ese pobre hombre y esperar, que esto siempre es bueno.

—No veo por ahora otro camino, amigo mío—confirmó el alcalde, dando a entender luego, más con el ademán que con las palabras, su propósito de dejar este asunto.

La escuela iba despoblándose como un nido del que huyen los pájaros ateridos por el frío o en busca de cielos y vientos más propicios. El pobre maestro, con la congoja agarrotándole el corazón, no se atrevía a preguntar a sus discípulos por los compañeros que iban faltando uno y otro día en número creciente. Desde que comenzaron a faltar los dos hijos del alcalde, los cuatro del médico y casi todos los hijos de los ricos de aquel pueblo, no le cupo la más ligera incertidumbre: la verdad era fría, fría, tremenda e implacable, pero el maestro, con lágrimas que supo esconder antes de que llegaran a sus ojos, la conoció en seguida. Abría la escuela todas las mañanas cuando el reloj de la iglesia daba las ocho, adiestraba a los más torpes con paciencia y sin severidad, tomaba luego la lección a los más adelantados y, acabada la faena, rezaban todos con unción dando gracias al cielo por haberlos asistido con sus luces.

Un día, cuando hubieron dicho las oraciones de costumbre, el maestro, con una voz que temblaba como el viento entre las ramas, dijo, mirando a los bancos, ya casi vacíos de tantas ausencias:

—Una oración por vuestros compañeros, por esos que nos han abandonado.

Y esto no hizo poca gracia entre las gentes de Rineda, acostumbradas a rezar solamente por muertos y por enfermos.

Los niños ricos se buscaron pronto otro maestro, que les daba las enseñanzas más indispensables. Bien conocían sus padres que el maestro no podía continuar mucho tiempo en su escuela, a la que ya asistían los hijos de los trabajadores más pobres del pueblo. Lo bueno era esperar. Y el pobre maestro no tenía valor para preguntar a sus contados alumnos por qué no venían todos, como antes.

Cuando llegaba a su casa una noche, después de andar todo el día por el campo que está cerca de Rineda, encontró la puerta cerrada. ¿Habría muerto la mujer que le asistía? Alguien le dijo que no: se había ido a otro pueblo del contorno a pasar los últimos días de su vida con una hija enferma. No consiguió el pobre maestro dar con otra mujer que le sirviera. Todas tenían muchas ocupaciones y pocas ganas de servir a forasteros, que no se sabe de dónde vienen ni lo que quieren hacer en el pueblo.

—Creo que he descubierto algo de lo que esconde ese hombre extraño—dijo el médico una tarde que paseaba con su amigo por la plaza de Rineda.

—¿Qué ha descubierto usted?—inquirió el alcalde con ansiedad.

—No es Rineda lo que busca el maestro, es ese pueblecito que está en lo hondo, junto al río...

—Sí, Llanura—dijo el alcalde impaciente de saberlo todo.

—Llanura es el pueblo que interesa al maestro... El pueblo, no. Lo que busca es la sombra del ribazo... Le han visto ya dos o tres días sentado, con las manos en cruz y con la mirada ausente.

—Pero... ¿entonces busca...? ¿Tendrá allí algún hijo?

—¿Por qué no vamos? Está muy cerca el pueblecillo, y nos enteramos de todo—dijo el médico con la dicha del que acaba de encontrar un camino de salvación.

—Ahora mismo doy orden de que nos preparen el coche y en poco más de medio día estamos allí.

Unas horas después salían de Rineda el médico y el alcalde acompañados de un viejo servidor que conocía los caminos como nadie. Y cuando la noticia corrió por el pueblo, las gentes, sin saber qué pasaba, impidieron a los niños que salieran a la calle, y el maestro, al cruzar la plaza, vio con amargura indecible que la puerta de la escuela estaba solitaria; ni uno de sus discípulos vino a consolarle. Con la mano temblorosa metió la llave en la cerradura y poco después, sólo ante los bancos silenciosos, comenzó a decir en voz baja lo que no había dicho a los hombres. Sus palabras manaban con la quietud y la humildad de una plegaria. Así, perdido en sus memorias, y quién sabe si también en su tristeza, permaneció unas horas. Cuando salía de la escuela sin mirar dónde estaba, el frío de la nieve entumeció sus pies. Nevaba copiosamente, y la nieve hacía más clara la soledad y más leves los recuerdos.

—¡Ten misericordia de mí, Señor!—dijo mientras andaba apoyándose en las paredes para no caer desvanecido. Y su voz se perdió entre las callejas de Rineda, desiertas y sin el más remoto vestigio de seres humanos.

Y cuando la luz se anegaba en la blancura humilde de la nieve y los habitantes de Rineda calmaban su hambre y sed de dicha y de sosiego al amor de la lumbre, en las afueras que dan al camino resonaba el temblor de unos pasos tardos que la nieve embutía pronto en el silencio. Cuando amaneció Dios y los hombres salieron a bregar con la vida y con la muerte para llevar pan y alegría a sus hogares, ya no había maestro en Rineda. La escuela estuvo cerrada tres o cuatro días, hasta que el médico y el alcalde, de vuelta al fin de Llanura, preguntando con impaciencia por el maestro, supieron que se había marchado del pueblo para siempre con su pobre equipaje y sin que nadie advirtiera su marcha.

—Hasta la nieve ha protegido su silencio—susurró el médico con tristeza.

—¡Si pudiéramos al menos averiguar adónde ha ido...!—balbució el alcalde.

—Habría que seguir su camino por las huellas que dejó en la nieve—dijo el médico—. Lo mejor será esperarle en Llanura, en la sombra del ribazo. Allí acudirá aunque el mundo todo sea de nieve.